

Cárdenas haya obtenido el gobierno del Distrito Federal, pero se trata de un gobierno que, a pesar de su visibilidad, cuenta con menos facultades que las de cualquier otro de la federación. De hecho, el triunfo en la ciudad de México bien puede convertirse en la "rifa del tigre" que pudiera poner fin, al cabo de tres años, al mito Cárdenas.

En Nuevo León no hay, en el momento de escribir estas notas, manera de decidir quién puede llevarse el triunfo entre el panista Fernando Canales Clariond y el priista José Natividad González Parás. Este último remontó una gran distancia para alcanzar a su rival, por lo que algunos lo hacen favorito, pero la popularidad del PAN entre las clases medias del área metropolitana de Monterrey es tan grande que puede convertirse en el factor principal del triunfo de Canales.

En los demás estados del país no parece haber grandes dudas sobre los previsibles triunfos priistas. Este solo hecho pone en cuestión las constantes afirmaciones de que el PRI es un partido en vías de extinción. Su presencia en zonas rurales, y en algunos estados del país, sigue siendo tan fuerte que es difícil imaginar el gobierno de México en los próximos años sin por lo menos alguna influencia priista.

En el Congreso no hay duda de que el PRI debe haber conservado su predominio. El control del Senado simplemente no estaba en disputa debido al bajo número de escaños disponibles en esa cámara. En la de Diputados el PRI también parecía destinado a obtener el triunfo, aun cuando la gran interrogante

es si éste le permitiría tener una mayoría absoluta.

Si el PRD y el PAN tienen más del 50 por ciento de las curules en la Cámara de Diputados, no hay duda de que la forma de hacer política cambiará en el país. El Ejecutivo no podrá ya contar con una mayoría automática para aprobar sus iniciativas de ley. Pero esto no significa ingobernabilidad, como lo han planteado algunos importantes priistas en los últimos meses. El PAN ha sabido trabajar razonablemente con el PRI en muchas ocasiones en el pasado. Los priistas, sin embargo, tendrán que ser menos arrogantes y conciliar algunas diferencias con los panistas. De hecho, no hay razones para pensar que los ciudadanos salgamos perdiendo con esta negociación adicional que la falta de una mayoría absoluta en la Cámara de Diputados le impondrá al proceso de legislación.

La gran prueba de fuego del sistema democrático de nuestro país todavía no va a tener lugar. México nunca ha atravesado esa prueba de fuego de cualquier democracia, que es la entrega pacífica del poder de un régimen establecido a un grupo o partido de oposición. Claro que los mexicanos sí hemos vivido cambios de régimen, pero éstos nunca han sido pacíficos.

Esa gran prueba no tendrá lugar este año, pero es evidente que tarde o temprano la experimentaremos en México. Después de todo, ningún país puede tener pretensiones de democracia si nunca ha vivido una transmisión pacífica del poder a un partido de oposición.

## MÁS DE LO OTRO

### FERNANDO PÉREZ CORREA

*A Rafael Segovia.*

La Reforma Electoral pactada es el hecho político clave de las elecciones de 1997. A instancias del Ejecutivo Federal, los partidos políticos representados en el Congreso de la Unión acordaron reformar la Constitución y establecieron nuevas bases pactadas del sistema electoral, reconocidas como equitativas e imparciales. El acuerdo se concreta en los derechos, procedimientos y órganos electorales. Cabe destacar la plena autonomía y ciudadanización de estos últimos, y la designación por consenso de sus integrantes.

Este acuerdo no significa la realización automática de comicios ejemplares. Tocqueville enseñó que un largo camino separa la aprobación de las leyes, la

instauración y el funcionamiento de instituciones, y la coagulación de costumbres sancionadas por el tiempo, convertidas en cultura. La elección del 6 de julio pondrá a prueba la viabilidad de la Reforma. A todos corresponde contribuir a que las normas pactadas den paso a resultados electorales aceptados y a formas estables y eficaces de gobierno. ¿Podrá lograrse esto? ¿De qué depende? La respuesta no puede ser sino conjetural. Para construirla, revisar algunos aspectos del desenvolvimiento de las campañas es de gran utilidad para conocer los cálculos y las expectativas de los protagonistas.

En teoría, las campañas electorales confrontan programas y candidatos en lucha por el poder político. Las reglas, los costos y los premios del juego ya están establecidos; y son conocidos y aceptados. El día

de la elección los ciudadanos deciden. Después, la vida continúa. Los vencidos restañan sus heridas, disfrutan de sus derechos, acechan y aguardan el siguiente combate. Los vencedores gobiernan controlados por el derecho y sometidos al escrutinio de sus oponentes y de "la opinión pública". Ciertamente, la competencia por el poder es permanente. Sin embargo, el gobierno y el contragobierno, o los sujetos de la cohabitación componen recíprocamente, amalgamados por una normatividad común y constreñidos a la convivencia y a la colaboración. El enfrentamiento no es excluyente; es limitado, periódico y está acotado por reglas compartidas. El gobernante que pierde el poder vuelve a su partido a preparar las siguientes elecciones: pierde el cargo, no la vida, ni la libertad. Los votantes expresan un mandato temporal, pero no extienden un cheque en blanco: el ganador gobernará en un marco cierto y determinado. Cada elección abre la puerta a un cambio de autoridades, no de régimen; hace posible la "circulación de las Élités", pero no la derogación de las reglas de convivencia.

El consenso democrático es paradójico. Implica acuerdo en las reglas y discrepancia en los programas, enfrentamiento electoral y convivencia pactada; gobierno de la mayoría y respeto a las minorías; diferencias doctrinales y acuerdos procedimentales. Diferencias, cálculo de fuerzas, negociación y aplicación del derecho son momentos del proceso republicano.

El carácter ambiguo de la democracia revela sus fuerzas y sus flaquezas. Montesquieu pensaba que la República no podría sobrevivir sin la "virtud". Hoy, los autores se preguntan sobre las condiciones que aseguran un gobierno democrático aceptado, estable y eficaz. Según la tendencia predominante, la lucha por el poder se da, en primer término, en el sistema, no contra el sistema; es decir, el marco legal es asumido y observado. En segundo lugar, los contendientes se reconocen como recíprocamente necesarios, admiten el "pluralismo", consienten la alteridad. Finalmente, el resultado permite "gobernar"; es decir, abordar las grandes tareas nacionales y movilizar los recursos para cumplirlas.

Es preciso admitir que las campañas en curso han sido fuente de encono y discordia. Las tareas del gobierno, de suyo difíciles, serán imposibles si los adversarios adoptan posiciones correlativamente excluyentes. En otros términos, los principios que nutren la vida democrática debieran nutrir también la competencia electoral: estado de derecho, reconocimiento del pluralismo, ejercicio de la tolerancia, lucha entre alternativas y disposición al consenso y a la convivencia. En contraste, la competencia electoral ha cobrado una dimensión francamente peligrosa. Ha sido caracterizada como "lodera". Es cierto, en to-

dos los sistemas electorales los medios de comunicación y el empleo de la mercadotecnia han subordinado el valor de las propuestas sustantivas, y han privilegiado la publicidad de las "vulnerabilidades" de los adversarios; es decir, la exhibición de sus defectos. También es cierto, sin embargo que no se trata de juegos de "guerra total", de posiciones maximalistas, de exclusiones de principio. En contraste, la campaña ha sido dominada por un tono excluyente. Desde el inicio de su gestión, la nueva dirección del PAN, a cargo de Felipe Calderón, ha optado por deshacerse de la imagen de partido componedor y acreditar su naturaleza de "oposición frontal". Varias veces se retiró el PAN del diálogo político nacional. Varias veces fue acusado de haber roto acuerdos legislativos, en especial el relativo a la Ley del Seguro Social. Lo cierto es que los gobernadores, presidentes municipales y representantes panistas han adoptado un tono de descalificación global y de confrontación enconada, que ha contribuido a la evidente descomposición de la atmósfera política. Las sanciones del electorado han sido implacables. En el Distrito Federal el PAN ha perdido más de la mitad de las expectativas de voto con las que contaba al inicio de la campaña. En la elección nacional corre el riesgo de pasar a ser la tercera fuerza y perder los logros electorales acumulados a lo largo de varias décadas. Un razonable cálculo anticiparía que la dirigencia panista tendrá que enmendar la línea y pagar los platos rotos. Pero dicho cálculo "razonable" no explicaría por qué el PAN se colocó en la situación actual. En todo caso, la línea de la dirección panista conduce a problemas de gobernabilidad y a su supuesta capitalización, a una apuesta maximalista para el año 2000. De ser cierto esto, nada bueno resultará en el corto plazo.

El PRD, en cambio, parece haber asimilado las enseñanzas de la elección de 1994 y ha evitado una línea de confrontación abierta y de oposición radical, de mesianismo excluyente. Sin embargo, es de advertirse la magnificación de la elección de Jefe de Gobierno del Distrito Federal. Los temas de la campaña han sido mayormente temas nacionales, como si se tratara de una elección presidencial. Las propuestas de Cuauhtémoc Cárdenas, en particular, hacen pensar en un candidato nacional, no local; y en un cargo Constituyente, más que Ejecutivo. Cárdenas no ha evitado totalmente las contradicciones y los pronósticos de su discurso precedente. Al contrario, ha incursionado en cuestiones tan espinosas como la decisión de no reconocer la deuda pública del Distrito Federal, o de exhortar a los trabajadores a no permitir que el sector privado administre los fondos para el retiro. Pero esa no ha sido la tónica general. Con todo, el problema clave del PRD es su naturaleza de coalición de fuerzas heterogéneas y disímboles. En

una elección local, el potencial caótico de los movimientos urbanos populares y de barrios, en control del PRD del D.F., puede ser ilimitado. Simultáneamente, las aspiraciones presidenciales del partido y del candidato no auguran las mejores formas de cohabitación entre el poder local y el poder federal. Tampoco en este orden podemos esperar mucho.

Esta elección plantea una cuestión de esencia: la mayoría en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión. Sartori ha dicho, con razón, que el sistema presidencial "se apoya en el peor de los acuerdos estructurales —un poder dividido sin defensa ante el gobierno dividido". Para destrabar esta situación, piensa, se precisan criterios sin principios ideológicos, partidos débiles sin disciplina y enfoques políticos locales; ésto es, nos recuerda Sartori, "la institucionalización de la política de las componendas, lo que no es nada admirable". En efecto, la división funciona cuando se da, como es el caso del sistema parlamentario, una continuidad entre el Poder Legislativo y el Poder Ejecutivo. Así ocurre en las democracias tenidas por paradigmáticas. En el sistema presidencial, en cambio, la discontinuidad entre el Ejecutivo y el Legislativo produce, en contextos de cohabitación, una crisis de eficacia. Citemos de nuevo a Sartori. "Lo que tenemos estructuralmente, de hecho, es un Estado débil".

En el plano propositivo la elección nacional se ha centrado en la cuestión de la mayoría en la Cámara de Diputados. El Presidente de la República ha afirmado que para cumplir las propuestas constitutivas de su mandato de gobierno necesita la mayoría en el Poder Legislativo. El PAN y el PRD han sostenido, en contra, en sus planteamientos doctrinarios y en su propaganda en los medios masivos, que lo ideal para México es una mayoría en la Cámara opuesta al Presidente de la República. Con este planteamiento coinciden escritores y observadores distinguidos.

Lo cierto es que un Poder Ejecutivo que no cuenta con el Poder Legislativo no puede hacer frente a una situación de emergencia. En el extremo, uno u otro son avasallados, como lo prueban los casos de Collor y de Fujimori, entre muchos más. Destaquemos las enseñanzas que nos dejan las presidencias de Juárez, Madro, Obregón y Cárdenas. La crisis de 1995 reclamó maniobrar rápidamente con los organismos internacionales y con las potencias económicas. El acuerdo, oneroso y desalentador, nos libró de una crisis de efectos virtualmente irreparables. Ahora bien, el acuerdo no hubiera sido posible sin la mayoría priísta en la Cámara. Se trata precisamente del peor y del mejor ejemplo. ¿Podemos imaginarnos al PRD y al PAN aceptando las reformas fiscales? ¿Podemos imaginarnos a los negociadores del FMI y de la Banca Mundial acordando con un interlocutor sin capacidad decisoria?

El problema fundamental de la política lo planteó dramáticamente Walter Lippmann hace tres décadas: "sabemos —dijo— que no hay necesidad más imperiosa para los hombres que viven en comunidades que ser gobernados, autogobernados si es posible, bien gobernados si tienen suerte, pero en todo caso gobernados". Plantear como objetivo político conquistar la incapacidad del gobierno nacional es en verdad una paradoja asombrosa.

Las campañas han puesto de relieve una circunstancia para mí inesperada. El hartazgo con la situación prevaleciente es una convicción de las clases medias, sobre todo las ilustradas. La atmósfera no es favorable al PRI. Son desorbitantes los costos de olvidar y de no olvidar a Salinas. Son anticlimáticos los propósitos de enmienda. Y sin embargo, ahí están la Reforma, la recuperación, el cambio estructural y, sobre todo, el voto duro. En este cuadro, los desaciertos de las oposiciones han conducido a la estructuración de un espacio político tripartidista, en el que el PAN ha asumido la condición de tercera fuerza, cuando menos en el Distrito Federal; y de derecha, cuando menos en la imagen pública que la COPARMEX está empeñada en consolidar. El hecho es de la mayor importancia porque los jugadores corporativos, si no los ciudadanos puros, están enfrentando el fantasma del PRD y considerando que, después de todo, el PRI no es tan malo. A lo largo de los años recientes habíamos escuchado que las alternativas no eran tan distintas, que el PAN tenía capacidad y vocación de gobierno y que había sonado la hora de la alternancia. En cuanto aparece, en efecto, la hora de la alternancia pero con el rostro del PRD, han cambiado súbitamente las percepciones públicas de estas fuerzas, tanto sobre el PAN como sobre el PRI. A fuerza de alentar a un partido e ignorar la existencia del otro, han logrado de forma inesperada e involuntaria, y de seguro contra sus preferencias, colocar al PRI en el centro y convertirlo en una opción inevitable.

Simultáneamente, la fuerza de la democracia va a obligar al gobierno, ¡y al mismo PRD! a hacer del gobierno capitalino de Cárdenas una experiencia razonablemente positiva. El costo nacional de una confrontación desastrosa y el balance local de un fracaso estruendoso desborda las disposiciones de uno y de otro. Así, la realidad impone inesperados giros. Si los hábitos son los monjes, los disfraces, improbables pero ciertos, no carecen de peso: el PAN juega al pe-tardismo, el PRD al orden y el PRI al pluralismo.

¿Tendrán razón los encuestadores que predicen un estrecho triunfo del PRI en la elección federal? No tardaremos mucho en saberlo. Lo cierto es que hoy más que nunca requerimos de todos, sin excepción, la serenidad, la buena voluntad, la tolerancia y el respeto a la ley. <